

ACLARACIONES

MOTIVADAS POR LA REPLICA DEL CONSERVADOR

á nuestra impugnacion del artículo titulado:

ESPAÑOLES-AMERICANOS.

En el número 19 del *Conservador*, acabamos de leer una réplica al artículo que publicamos en el número 8 de nuestra *Revista*, impugnando otro del número 11 del citado periódico, titulado: *Españoles-Americanos*. Como no son esa clase de publicaciones las más á propósito para dilatadas polémicas, creemos que será conveniente dar fin desde ahora á la disputa; y así, declaramos por nuestra parte, que no entraremos de nuevo en la cuestión que se debatía; mayormente cuando nos parece que con lo que se ha dicho hasta aquí queda ya la dificultad bastante ventilada. Y así, por lo que toca al fondo de la cuestión, no daremos otra contraréplica, que invitar á los lectores para quienes pueda ser de algún interés esa polémica, á leer de nuevo, así nuestro artículo citado, como los correspondientes del *Conservador*; y abandonamos tranquilamente el fallo á lo que de sí arrojen los artículos mencionados. Ora nos sea éste favorable, ora contrario, estamos seguros que se hará justicia á la buena fé que nos ha guiado en la discusión, y que no podrá menos de reconocerse, que si bien hemos impugnado las opiniones, hemos salvado siempre la intención del escritor que las emitió. Literalmente copiamos las palabras que nos proponíamos impugnar, deseosos de que si padecíamos alguna equivocación en la inteligencia de ellas, supliesen nuestra falta los que se tomasen la pena de leer nuestro escrito. Ahora no somos nosotros quienes háyamos de juz-

gar si entendimos bien ó mal las palabras, si acertamos ó no á comprender el conjunto del discurso, si las palabras de *pereza*, *indolencia*, *fatalismo*, *abandono*, debían tomarse ó no en buen sentido, sin que arguyesen defecto en el pueblo al cual se aplicaban, si á los españoles y á los americanos se nos comparaba ó no de un modo desventajoso con otros pueblos de América y de Europa, si este parangón se extendía también algo más que á la política; en una palabra, no somos nosotros quienes hayamos de juzgar si el artículo del número 11 del *Conservador* contiene ó no algo de que pueda resentirse el carácter nacional.

Y aquí hubiéramos dejado el debate, y tal vez ni una sola palabra más hubiéramos escrito sobre este asunto, si el *Conservador* no nos hiciese una especie de inculpación, bien que salvando nuestras intenciones, de que damos sobrada importancia al movimiento político de los pueblos; cuando cabalmente nuestras palabras más serenas, más fuertes, más calurosas, fueron en defensa del *sentimiento monárquico* del pueblo español, fueron para vindicarlo de una inculpación que nos pareció ver en aquellas palabras del *Conservador*: "Apenas conoce medio entre el puro absolutismo y el mando absoluto de la plebe. Por abandono, por fatalismo, por instinto de obedecer, prefiere el mando de uno solo." Y ¿qué dijimos nosotros contestando á estas palabras? ¿Ensalzamos acaso estas ó aquellas formas? ¿Abogamos en favor de la democracia? No. Lo que hicimos fué defender, sincerar de todo cargo el sentimiento monárquico del pueblo español, manifestando que este sentimiento era común en cierto modo á todos los pueblos cristianos, deslindando la monarquía cristiana del despotismo musulmán, del despotismo que pesa sobre aquel pueblo envilecido, á quien cuadran las palabras de *abandono*, de *fatalismo*, de *instinto de obedecer*. Esas palabras sonaron mal á nuestros oídos, es verdad; pero si nos engañamos atribuyéndoles un sentido que no les quería dar quien las escribió, no tenemos nosotros la culpa; pues que quien las escribió no era un escritor adocenado, sino muy distinguido, y de aquellos que saben perfectamente lo que valen las palabras en el diccionario de la lengua.

El escritor á quien nos dirigimos ha llevado, según nos parece, la cuestión á otro terreno, ha querido involucrarla con otras, apartándola de un campo en que podía presentar un aspecto desagradable. Nosotros aplaudimos su sagacidad, y lejos de atribuirlo á deseos de emplear armas de mala ley, consideramos este procedimiento como uno de aquellos hábiles giros que dan á la discusión los hombres versados en el arte de discutir; giros que tienen alguna

semejanza con aquellas maniobras estratégicas de que echan mano los generales experimentados, cuando conociendo lo flaco ó lo embarazoso de la posición que ocupan, procuran apoderarse de otra por medio de un movimiento bien dirigido. Lejos de nosotros la idea de pretender impedir á nuestro adversario el que ocupe una nueva posición, y de que se mantenga en ella; lejos de nosotros el prurito de insistir sobre sus primeras palabras, llamando la atención sobre el genuino significado que presentan, no dejando al escritor que las consignó en el primer escrito, amplia libertad para interpretarlas; sabemos muy bien que á veces se desliza la pluma y escribe lo que está mas lejos de la mente del escritor; y que entouces es muy poco conforme á razon el no dejar al escritor salidas honrosas.

Restáanos, pues, únicamente abandonar del todo el terreno de la disputa, y consignar aquí cuál es nuestra opinión, cuál ha sido siempre en los importantes puntos sobre los cuales nos interpela el *Conservador*. Afortunadamente podemos manifestarlo sin rodeos, sin interpretaciones, dado que lo que diremos aquí, lo hemos dicho tiempo ha, cuando en circunstancias críticas, quizás las más críticas en que se habia visto la nación, en todo el curso de la deshecha borrasca que está corriendo desde 1833, consignamos nuestro parecer sobre los principales puntos que formaban el complejo de nuestra enmarañada situación. ¿Quiérese saber lo que pensamos sobre el origen de los males que aquejan á esta nación desventurada? He aquí lo que decíamos en un escrito publicado en Barcelona á mediados de Agosto de 1840. Despues de haber trazado rápidamente un cuadro de los elementos de trastorno que se fueron amontonando en nuestro suelo antes de la invasion francesa de 1808, continuábamos: "Oyóse entre tanto el grito de alarma, y el pueblo español, solo, sin rey, sin gobierno, sin caudillos, se levantó como un atleta, y se arrojó con brioso denuedo sobre las numerosas y aguerridas legiones que inundaban ya sus campos y ocupaban sus principales ciudades y fortalezas: y este pueblo era el mismo pueblo á quien apellidaran flaco, aletargado y envilecido, y aquellas eran las legiones del hombre á quien servian de rodillas los entusiastas de la igualdad, y á cuya mirada temblaban medrosamente los altos potentados de Europa. ¡Pueblo grande y generoso, tan ilustre como infortunado! Tanto valor y heroismo debian sacarte airoso de la demanda, y quebrantar las cadenas que ahorrjaban la Europa; pero debia ser para tí el comienzo de una larga cadena de desastres; así queria permitirlo la Providencia, é iban á acometer la empresa de labrar tu desgracia, el ciego orgullo, y miras mezquinas y villanas.

"Un suceso de tal naturaleza y tamaño, nunca pasa sin graves

resultados para el país en que se verifica: la gravedad del peligro, la sorpresa, la repentina desaparición del rey y de todo gobierno, la consiguiente relajación de los lazos sociales, el desórden y confusión que de snyo ya llevaban tales circunstancias, los medios que debian de emplearse por los agentes del invasor, procurando la disolución para facilitar la conquista; claro es que tantas causas reunidas creaban una excelente oportunidad para que fermentase todo linage de ideas, y campeasen á su talante toda clase de proyectos.

"Muy natural era tambien que todos los elementos que tenian mas ó menos antipatía con los dominantes á la sazón en el país, salieran de aquel estado de invisibilidad é ineficacia en que los mantenía su separación y aislamiento; y que obedeciendo á las leyes de sus afinidades, se buscasen, se pusiesen en contacto, y como heterogéneos con respecto á la masa de la nación, se segregasen de ella, desprendiéndose en porción separada, donde pudieran manifestar su cantidad y naturaleza. Reflexionando sobre esta crisis de nuestra historia, y sobre los efectos que produjo en España la entrada del ejército francés y la sacudida del alzamiento, he pensado varias veces en lo que sucede cuando un líquido contiene en disolución un considerable número de moléculas que pertenecen á otras materias: en cesando la causa que las mantenía separadas, se buscan, se aproximan, se reunen y se depositan en el fondo del vaso; y observan los químicos, que se decide la cristalización con un movimiento brusco ó la presencia de un cuerpo extraño.

"Trazar ni siquiera en bosquejo los sucesos que luego se verificaron, no lo consienten los límites de este escrito, ni lo necesita tampoco el objeto: los recuerdos son bien recientes, los documentos auténticos, y á buen seguro que los efectos son palpables. Bastará decir que se abrió en la prensa una cátedra de la escuela apellidada del siglo XVIII, que en la tribuna resonó un mezzquino eco de los oradores de la asamblea constituyente; y para que nada faltase en la semejanza, para acabar de envenenarlo todo, salieron tambien á campaña los discípulos de Port-Royal; por manera, que las palabras fueron un remedo, los medios y procedimientos una imitación, y las instituciones una copia. Yo refiero lo que hallo escrito; ahí está la historia que sale en mi abono, con sus colecciones de periódicos, de sesiones de córtes, de leyes, de decretos, de proyectos, y sobre todo, ahí está el sepulcro de la famosa constitución de 1812: observad su fisonomía, y allí encontrareis en bien señalados rasgos, cuál era su origen, cuál su genio, ó si os place mas, dad una mirada á los trofeos que rodean su tumba: ellos os recordarán sus hazañas.

"En una nación que en sus ideas, costumbres y usos, era enton-

ces, y no podía menos de serlo, altamente monárquica, erigir en ley fundamental una constitución esencialmente democrática; en una nación altamente religiosa, prodigar abiertamente á la religion la sátira y el escarnio; en una nación tan grave y severa, sustituir á la sesuda gravedad de los consejos castellanos la precipitación y el mas desatentado desacuerdo; y todo esto derepente, sin mediar ninguna gradacion que pudiera influir en las ideas y costumbres; ¿qué debia suceder? ¡Ah! lo que sucede siempre que se encaran de improviso dos enemigos irreconciliables: debia empezar la lucha, y encarnizada, y duradera, resultando de aquí el sumirse la nación en un piélago de revueltas, de sangre y de lágrimas. Tan singular concurso de circunstancias, no se verificó en Francia, ni en las revoluciones de otros países, y he aquí el origen de tantas anomalías como se notan en nuestras prolongadas convulsiones, he aquí por qué es muy impertinente el traer á comparacion la revolucion de Francia, cuando se trate de esplicar lo que ha sucedido y está sucediendo entre nosotros. En Francia tenia la revolucion el mismo espíritu, iguales tendencias; pero el elemento donde obraban, era muy diferente. En Francia habia también monarquía absoluta y religion católica; pero sobre la Francia habian pasado ya las guerras civiles de los Hugonotes, la Francia habia visto ya la libertad de culto mas ó menos establecida, habia oido las ruidosas controversias sobre puntos capitales de dogma, habia presenciado las escandalosas desavenencias del altivo Luis XIV con el Papa, habia recibido las inspiraciones de la escuela de Port-Royal, habia visto la época de la regencia, y finalmente, habia sentido por largo tiempo el influjo de la escuela de Voltaire, como una de aquellas constelaciones malignas que vienen á desenvolver los dañinos elementos de una atmósfera preñada de enfermedades y tormentas. ¿Qué tiene que ver posición semejante con la posición de España? No niego yo que la revolucion francesa sea un gran libro donde tengan mucho que aprender los reyes y los pueblos; pero cuenta con fiar demasiadas semejanzas, que si bien suelen servir mucho á la poesía y á la declamacion, por lo comun son débiles para cimientos de ciencia, y el confiar sobrado en ellas, es arriesgado en la práctica.

“Esta es la diferencia capital entre nuestra revolucion y la francesa: la Francia estaba preparada, la España no. La revolucion francesa era hija en gran parte de una escuela que por antonomasia se ha llamado francesa, y ya se ve que este solo nombre indica bastante que sus doctrinas no eran nuevas para la Francia. La revolucion española fué hija de la misma escuela; escuela que lejos de hallarse aclimatada en nuestro suelo, lo tenia todo contra sí, y

solo pudo penetrar entre nosotros y hacer aplicaciones de sus sistemas, en medio de la confusion y trastorno que consigo trajo la guerra de la independencia, en medio de la distraccion en que se hallaban los pueblos: lo diré en una palabra, aquello fué una verdadera sorpresa.” [*Consideraciones políticas sobre la situación de España, cap. 6.*]

Cuando examinando el origen de nuestros males habiamos dicho lo que se acaba de leer, cuando señalábamos á nuestra revolucion semejante origen, cuando hemos sustentado las mismas doctrinas siempre que la oportunidad se ha presentado, mal pudiéramos mirar como una injuria hecha al pueblo español, el no concederle los requisitos necesarios para establecer un poder *esencialmente democrático y realmente popular*, mal se podria suponer que pertenecemos á la clase de aquellos que “quisieran arrancar á la sociedad de sus productivos trabajos, de los talleres de la industria, del estudio de las ciencias, del cultivo de las artes, de los purísimos goces del hogar doméstico, de los blandos placeres de la sociedad, y de las santas alegrías de la religion y solemnidad del culto, para alimentarla dia y noche con las borrascosas agitaciones del foro, para cebar su actividad con las irritantes pasiones democráticas que enloquecen á la muchedumbre.” El *Conservador* nos hace la justicia de creernos muy distantes de semejante pensamiento, y sin duda que tiene fundamento para ello. En cuantas ocasiones se nos ha ofrecido oportunidad de hablar de política, nunca hemos dejado de consignar nuestra opinion constante, fija, de que los diferentes partidos que de algunos años á esta parte han gobernado en España, todos han sido impotentes para labrar nuestra prosperidad, para asegurar nuestro sosiego, á causa de no haberse querido penetrar bien del verdadero estado del pueblo español, de que se han dejado llevar en demasia de su afición á utopias galanas, de que se habian empeñado en importar ciegamente en España cuanto han visto en el extranjero. Por esto no aduilamos jamas á ninguno de los partidos políticos que de algunos años á esta parte han alternado en el mundo; por eso creimos siempre que para labrar la prosperidad de la nación, y para dominar su porvenir, no le bastaba á cierto partido político el *reorganizarse*, sino que era menester que *se regenerase*. Esta no es opinion que nos la formamos de nuevo; así lo hemos pensado siempre, y así lo deciamos sin rodeos en la misma ocasion que mas arriba hemos indicado.

“No hay otro medio: los hombres que han de gobernar la nación, es menester que respeten altamente los principios que ella respeta; de otra manera no hay que esperar remedio á nuestros males. Cuando

una nacion ha estado por largo tiempo esclusivamente sujeta á la influencia de algun principio, llévale siempre grabado en el corazon, y espresado en su fisonomia, así como un individuo apenas puede despojarse en toda su vida, de las ideas, costumbres y modales que se le han comunicado con la leche. El principio monárquico, y aun mas el católico, han tenido por largo tiempo bajo su influencia á la nacion española; y he aquí la razon de la gran fuerza que tienen en España estos dos principios; he aquí por qué han sobrevivido á tantos trastornos, por qué han resistido á tantos elementos disolventes como los han atacado; he aquí por fin, la causa de que despues de siete años de la mas deshecha borrasca, cuando parece que ambos debieran haber naufragado y descendido al fondo del abismo, vuelven á presentarse todavia en la superficie del piélago la monarquía y la religion católica, ofreciendo una tabla de salvacion, y consolando el alma con lisonjeras esperanzas. Observad, ó si no, el curso de las ideas, escuchad esa voz que se levanta por los cuatro ángulos de la Península, para que se robustezca sin demora el poder, para que nada pierda el trono de su esplendor y magestad, para que se respete la religion católica, para que se asegure la subsistencia á sus ministros, y no se les disputen las consideraciones y veneracion que por su alto ministerio les son debidas. ¿Qué significa todo eso, sino que vuelven á tomar su ascendiente aquellos mismos principios que aun cuando parecian casi ahogados por el torbellino de las pasiones y partidos, conservaban no obstante su vida en el fondo de los corazones, único asilo que les habia quedado? *Estos dos principios son como los dos polos, en torno de los cuales debe girar la nacion española. Si se la saca de aquí, será sacarla de su quicio; yerro tanto menos perdonable, cuanto se reúnen para prevenirle las lecciones de nuestra historia, y de bien reciente y dolorosa esperiencia.*

“Admitida, como ha de serlo por los hombres de todas opiniones, la fuerza que en España tienen los dos principios, el monárquico y el religioso, aun conviene notar, que el principio religioso escede mucho en energía al principio monárquico. Esta diferencia, que podria ya esplicarse atendiendo solo á los objetos sobre que versan esos principios, y á las relaciones que tienen con el corazon humano, fúndase con respecto á España en hechos propios y característicos de la nacion. La religion católica ha sido desde Recaredo la única religion de los españoles; y bajo su principal y casi esclusiva influencia, se han formado nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestras leyes: en una palabra, todo cuanto tenemos y todo cuanto somos. Así es, que en Es-

paña las únicas ideas religiosas son las católicas, los únicos sentimientos religiosos son los católicos, y que el principio católico es fuerte, enérgico, exclusivo, incapaz de ceder terreno á ninguno de sus adversarios. En España no hay, como en otras naciones, aquel sentimiento medio religioso, medio filosófico y literario que se alimenta de las vaguedades del protestantismo, y de las inspiraciones de la filosofia, y que no experimentando ni choques ni resistencia, y acercándose ya de suyo al frio indiferentismo, carece de suspicacia, así como de calor y de fuerza. En España hay convicciones católicas las mas vigorosas, sentimientos católicos los mas profundos; y como ademas la introduccion repentina de la filosofia de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe, y sin ningun preparativo, la religion católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.

“Es menester no perder nunca de vista estas verdades, pues que ellas indican que por lo que toca á materias religiosas, no cabe en España transaccion, sino que es menester que el Catolicismo sea respetado y acatado en toda la estension de la palabra. No se verifica lo mismo con respecto á la forma de la monarquía, pues si bien es verdad que el principio monárquico es muy robusto en España, y que aun tomado en el sentido absoluto no deja de tener, como es evidente, numerosos partidarios; sin embargo, no me parece que haya en esta parte tanta firmeza de ideas, tanto apego á determinadas formas, que la generalidad de los españoles no se acomode de buen grado á las instituciones políticas que con tanta tenacidad han sido combatidas. La preponderancia del principio religioso sobre el monárquico, no se estrañará si se observa que éste no se ha presentado bajo la misma forma en todos los periodos de nuestra historia, ni en todas las provincias de cuya agregacion se ha formado el reino. Las leyes de Castilla, de Navarra, de Aragon, de Valencia, de Cataluña, las colecciones de fueros, privilegios y libertades; algunos hechos no muy antiguos, y ademas muy ruidosos, y restos bastante notables de los antiguos usos, recuerdan todavia á los españoles que la monarquía no ha sido siempre entre nosotros tan absoluta é ilimitada como en tiempo de Carlos III. No negaré yo que la monarquía absoluta no estuviera profundamente arraigada, y que los hábitos de la nacion no se le hubiesen completamente acomodado: observaré, no obstante, que bastaron las escandalosas escenas del reinado de Carlos IV para que el pueblo español escuchase sin alarmarse mucho, al principio de la guerra de la inde-

pendencia, que era conveniente poner cortapisas á la autoridad del poder supremo, para que no abusase de la fuerza en contra de los verdaderos intereses de la nacion: y tengo para mí, que si los hombres del año de 12 se hubieran convencido que la nacion española estaba fatigada de la tiranía de los privados, pero que no queria en cambio la tiranía filosófica, con todo el séquito de las teorías descabelladas del siglo XVIII y de la asamblea constituyente, no hubieran encontrado tan tenaz resistencia, ni hubiéramos visto nuestra desgraciada patria anegada en un piélago de sangre y de lágrimas.

“Ahí está el origen de nuestros males: en ese muro de division que se ha levantado entre la religion y la política, en haberse hecho el nombre de novedad sinónimo de irreligion, el de reforma sinónimo de destruccion, el de libertad de licencia: y este pueblo grande y generoso, que á pesar de ser motejado de bárbaro por miserables habladores que no son capaces de conocerle, conserva un fondo de nobleza que pocas naciones sabrian imitar, ha dicho ya mas de una vez: “Si quereis la libertad, si quereis nuevas instituciones políticas, enhorabuena, hágase lo que se juzgue conveniente; pero si me engaíais, conozco mi fuerza y sabré emplearla;” palabras terribles en boca de un pueblo como el español, que tiene tan vivo sentimiento de su fuerza, y que sabe echar mano de ella con tanto brio y energía, con tan heroica constancia. Yo no sé si se ha reparado que este pueblo, á quien algunos han querido pintarnos tan indiferente, tan apático y tan abatido, es, sin embargo, el pueblo mas terriblemente tenaz é indócil, cuando se le quiere manejar contra su voluntad, cuando se le quiere imponer la ley á la fuerza.

“Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos recursos, toda la habilidad y astucia del capitán del siglo, se estrellaron contra la firmeza y heroísmo de los españoles. Las grandes naciones de Europa, esas naciones tan brillantes y poderosas, habian doblado humildemente su cerviz, y la tenian aplastada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerlitz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban impertérritos con los veteranos imperiales que venian orlados con los trofeos de la Europa vencida; y cuando las grandes capitales de Europa y sus mas insuperables fortalezas se habian humillado ante los ejércitos franceses, contemplando sus triunfantes entradas con asombro y espanto, Zaragoza, Tarragona y Gerona bulaban con su constancia y denuedo todos los esfuerzos del valor, de la esperiencia y del arte. Nadie ignora cuáles eran las grandes ideas que pusieron á la sazón en movimiento al pueblo español: *Religion, patria y rey*; he aquí las palabras que circulaban

por todas las bocas; hé aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oía en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brio y energía que les granjeó la admiracion de la Europa entera.

“Cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas, adquieren aquel temple de alma necesario para salir airosos de las mayores empresas. Como ideas semejantes se ligan con todo lo mas caro que tiene el corazon del hombre, y con cuanto le inspira mas veneracion y acatamiento, la accion que de ellas resulta es irresistible, duradera, tenaz, á la prueba del tiempo; y si ha llegado á encredecerse con el combate, es menester ó respetar las ideas del pueblo, ó aniquilarle. Los choques vivos, la compresion lenta y poderosa, no conseguirán mas que aumentar la fuerza y elasticidad del resorte; éste gastará siempre el agente que le contrasta, y si una mano imprudente se le opone de golpe para detenerle del todo, esta mano será hecha pedazos.” (*Consideraciones políticas sobre la situacion de España, cap. 14.*)

Así mirábam en Agosto de 1840 la situacion del pueblo español, así la miramos todavía ahora. No desconocemos los sulcos que ha dejado entre nosotros la revolucion; no se nos ocultan los que puede abrir de nuevo; no alimentamos la ilusion de que las creencias de la España del siglo XIX sea tan generales y tan vivas como las de la España del siglo XVIII; no pensamos que la España monárquica de Isabel II, sea la España monárquica de Carlos III; pero sin que dejemos de hacernos cargo de las mudanzas que consigo lleva el curso del tiempo y de los acontecimientos, sostenemos, sí, que no hay sistema de salvacion para nuestra desgraciada patria; que no hay otro medio para volverla á su movimiento regular y saludable, que haria girar sobre los dos polos que arriba hemos indicado. Sostenemos, sí, que los dos poderosos elementos que deben regenerar á esta nacion desventurada, son los dos sentimientos que todavía se conservan entre nosotros: el *monárquico y el religioso*. Porque lo que necesita la nacion, es poder, y el poder en España es imposible sin monarquía; lo que necesita la nacion, es una reorganizacion social, y la reorganizacion social no se llevará á cabo si á ella no preside la religion.

Véase, pues, cómo ha hecho muy bien el *Conservador* en suponernos ajenos del pensamiento de abogar por la *democracia pura*; véase cómo ha hecho muy bien en no suponernos ciegos admiradores de otros pueblos, tomando por vigor y energía, lo que es en realidad una agitacion febril. Mil veces hemos fijado nuestros ojos so-

bre esa gran nación que aterró al mundo con su revolución colosal, que se desbordó en seguida como un torrente devastador é inundó la Europa con raudales de ardiente lava, que pareció entrar por algunos momentos en su álveo, para correr por él sosegada y dichosa; pero que, agitándose de nuevo, arrojó con sola una convulsion á pais extranjero, á tres generaciones de reyes; mil veces hemos fijado sobre ella nuestros ojos, y al verla con un poder que mas bien lucha que gobierna, que mas bien se defiende que no protege, que se ve forzado á velar de continuo por su conservacion, sin que pueda velar por los intereses de la sociedad; al verla con esa tribuna imprudente que la enflaquece y la compromete; con esa prensa impetuosa que la perturba; al verla minada de sociedades conspiradoras que trabajan incansables, no solo para derribar el poder ecstistente, sino tambien para trastornar radicalmente la sociedad; al verla cuál consume en disputas estériles, en recriminaciones personales, en conmovet y levantar las pasiones, ese caudal de inteligencia y conocimientos de que se halla enriquecida; lejos de admirar esa agitacion, ese movimiento, lejos de envidiar su posicion, lejos de juzgarla ventajosa, oprimesenos el corazon al pensar en su porvenir; porque nos parece que en el siglo presente como en el pasado, está tambien destinada á ofrecer á los pueblos algun doloroso escarmiento.



LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay tambien que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquellos ensalzan lo que fué, estos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas: al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo dia.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adan sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Eden; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del baire. En pos de horrorosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto, como en muchas otras cosas, hay no escasa exageracion de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasia el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hácia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusion de semejantes ideas, la falta de buena fé en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, mas bien es-

fuerzan un argumento, que no espresan una conviccion. Triste condicion de las ideas en la época actual, el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de caminar en el terreno de la discusion con independencia ó hidalguía. Si estos intereses, que toman á sueldo el pensamiento, fueran generales, se estendiesen á largo trecho de duracion, no limitándose á pequeño círculo de personas ó á breve espacio de lugar y de tiempo, no sería el daño de tanta monta; y aun sucediera casi siempre, que el entendimiento, luchando por ellos, no se apartaria de su natural objeto, que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy á menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto, y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada estension que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, complícanse á menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas: resueltas de una manera, favorecen ó dañan á un partido, á un sistema, á una institucion, quizás á una persona, y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposicion*, y que se ha pretendido legitimar á los ojos de la filosofía, como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podia evitar y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta esplicacion; y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, ó al menos se mira como escusable, el emplear el error como arma de oposicion, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así á la ciencia como á la moral; pues que despojada del falso aparato con que se la cubre, no es mas que la canonizacion de la mala fe.

No desconocemos los beneficios traídos por la prensa; admiramos como el que mas ese conducto eléctrico, que en un momento comunica á un pueblo, á una nacion, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamas se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podría afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand á la oral, diciendo: que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece; todo por malo si contraria: se juzga de una opinion, no por su verdad intrínseca, sino por su va-

lor instrumental; hay una verdadera acepcion de doctrinas, como la hay á veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente á la recomendacion que llevan, ó al interés ó afecto que inspiran, en aquellas se deja á un lado la verdad, y solo se mira el uso á que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado á las ideas.

II.

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas; pero no están esentas de ella las demas, por tener á menudo puntos de contacto con las primeras. La nacion que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo, ha sido la Francia; escándalo tanto mas funesto, cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo, en el Mediodia de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demas países del Norte, acontecieron en épocas en que la prensa no habia tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada á obras de alguna estension, y por consiguiente mas meditadas, y donde podian tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida, y que contribuyeron tambien á la cesaltacion de las pasiones populares, y al favor de ciertas miras; pero la prensa no habia conocido la fuerza que podia adquirir con una accion continua. El periodismo propiamente dicho, no existia; faltaba, por tanto, el principal medio que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones é influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola, no se habia erigido en poder; éste no era considerado como legitimamente poseido, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social, ó con alguna institucion respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo, versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veia la luz pública. Los articulos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la accion é influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres, quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso mas, y se les venia á la mano la censura de la política.

Cuando la revolucion de 1789, la Europa habia sufrido ya el lento cambio que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma y con independencia de las clases é instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo, apareció, cual uno de los principales contendientes, la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en

el resto de Europa y de América, particularmente en los países sometidos á un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados-Unidos, tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos dos países, la discusión ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un país viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo; la sociedad de los Estados-Unidos se levantó por su independencia y libertad; y después de la victoria no se halló con opiniones encontradas ni intereses en pugna: la Inglaterra era un país amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenía mas embotada la susceptibilidad, y menos anhelo de mudanzas.

En la revolución inglesa descollaba el fanatismo religioso; en la americana el sentimiento de independencia nacional; en la francesa preponderaba el filosofismo: estos caracteres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña, figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontraréis aun en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofía en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último país, la filosofía ha dañado á la política; pero en cambio la política participase de la abstracción teórica, y que la filosofía se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la región de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta, la política es eminentemente práctica, y por tanto, mas juiciosa; la filosofía es eminentemente abstracta, y por lo mismo es mas concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida*, ni *verdadera*, sino *concienzuda*; porque las opiniones mas extravagantes se profesan á veces con la mayor buena fé. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su país, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra á la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar, porque la buscan donde no está, se entregaron á penosos estudios, á meditaciones profundas; allí pasaron sus días ofreciéndolos en holocausto á la ciencia. Kant no salió nunca de Koenigsberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado, no puede ciertamente decirse lo

mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolución de 1830 Cousin y Villemain, Thiers y Guizot? La revolución, debilitada por sus excesos y hasta por sus triunfos, y vencida, en fin, por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la restauración con el manto de la filosofía; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolución no necesitaba su disfraz; quitóse la máscara y tiró su manto. En cierta época M. Cousin, que después ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos, les leía en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolución, cual otro Sócrates iniciando á sus adeptos en los arcanos de recóndita sabiduría; pero M. Cousin ha conquistado una posición brillante, y Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia, no habíamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakspeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producía un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambición; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros ó escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era mas sólida, mas grave, mas paciente, y sobre todo, mas cándida y sincera.

III.

Si la codicia y la ambición contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época, las malea y extravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de convicción firme, intención recta y espresion osada é independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes no solo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distribuida en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenían que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organización social y política de los pueblos? En la actualidad todo se toca, cuando no se confunde: los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular, es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan á la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan á

ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religion, y los defensores de la religion y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga ó ataca en todas materias y bajo todos los aspectos.

La intervencion popular en todo linage de negocios, se ha hecho efectiva; bajo los gobiernos libres, como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra ó por escrito, pública ó privadamente, todo se ventila, se somete á discusion, se aplaude ó censura; y la influencia que de esta intervencion resulta, podrá ser mas ó menos directa, mas ó menos pronta, mas ó menos visible; pero siempre es eficaz.

Uno de los caracteres distintivos de los escritos de nuestra época, es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observacion por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los mas agitados y turbulentos, y vereis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstraccion incomprendible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y sin embargo, los escritos llevan el sello de la tranquilidad mas sosegada. No parece sino que el autor se trasladó á un desierto, y que nada sabia de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el pais en vivas discordias y se derrama á torrentes la sangre, ellos hablan calmosamente de política, y van á buscar las razones y los hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? ciertamente que no; pues en las crónicas no refieren lo que está sucediendo, y no hay motivo para callar en un caso lo que espresan en otro. Además, que antes de la invencion de la imprenta, los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás á ella no los destinaba el autor. Estas razones no militan para despues de la invencion de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica tambien en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir á miramientos ó temor, lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania, podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra, ni Felipe II de España, se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organizacion social y política de los pueblos gobernados por el odio rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando, consiste en el espíritu de los tiempos, en que á la sazón se estudiaban los li-

bros y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salon cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atencion, directa sobre lo que ejecutan; refleja sobre la misma ejecucion reproducida en el espejo. La observacion continua del hombre y de la sociedad en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del espíritu humano en este siglo. La poesia, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y exactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza á este punto, todo converge hácia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto sería un bien de alta importancia, si las convicciones fuesen mas frecuentes y robustas; porque el espíritu, hallándose afectado mas vivamente, se espresaria con mayor entonacion, empleando un acento mas alto y penetrante; pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias mas graves y trascendentales; y un entendimiento esceptico, es inseparable compañero de un corazon seco. ¿Qué importa la sensibilidad mas ó menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido á marchitar las ilusiones, bien pronto vereis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacio y espuesto al aire, se escapan los restos del delicioso aroma.

IV.

Comparando nuestro siglo con los precedentes, se echa de ver que antes las facultades del espíritu humano, se ejercitaban y desarrollaban aisladamente; ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginacion, quién á los sentimientos; quién cultivaba la razon, quién la memoria; pero acontecia con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocia apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenian entre sí poco contacto; y no se habia creado esa homogeneidad que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustracion. En la actualidad, se piensa sintiendo, se siente pensando, se amonitona erudicion, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofia, pero se la siembra de erudicion; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito; y este á su vez, suelta, cuando le viene en gana, el farrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas, ó con los armónicos acentos de tin vate.

Lo que se verifica entre los hombres formados, descende tambien

á los rudimentos de la educacion; un niño aprende de una vez muchas cosas, y lejos de limitarse al catecismo y al latin, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningun pais del mundo se puede notar mejor esta diferencia, que en España. En los demas, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo ha; pero entre nosotros es tan reciente su destruccion, y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto, es necesario salir de la region de los escritores, y descender á la sociedad; porque muchos de los que escriben, ó han recibido ya en un principio educacion é instruccion á la manera del siglo, ó conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado á las nuevas formas que, mas ó menos convenientes, se han hecho no obstante indispensables.

Quando se compara el mundo antiguo con el nuevo, no es menester, como algunos creieran quizás, ceñirse á los hombres de cierta edad, instituyendo la comparacion entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo; con las alternativas de clandestinidad á que reciprocamente se han condenado, segun andaran los respectivos tiempos y fortunas; y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara á cara, y que así se entienden entre sí, como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La firmeza de principios, la unidad de miras, caracterizan á los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas y la movilidad de aquellos, distinguen á los de la escuela moderna; en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las máximas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilizacion brillante y seductora, la tendencia á cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan á darse razon. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una esposicion oratoria, pero inesacta; aquellos no comprenden la sociedad nueva; éstos en cambio no conocen la antigua; son pueblos que han plantado sus tiendas en un mismo pais, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes, y se encaminan á region diferente tambien. ¡Dichosos los hombres que conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes, y luego de conciliadores!

Los que pertenecen á la escuela antigua, están en posesion de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna, se han apoderado del movimiento del siglo; ¿por qué no podrian entenderse y avenirse? Ni cabe transaccion en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es, por ventura, la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incesante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliacion, que es, á no dudarlo, una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfaccion presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede, sin embargo, obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo, de buena fé. Mas ó menos, el problema está por resolver en todos los paises civilizados; pero en España, es urgente, apremiado, porque no solo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situacion actual, se enlaza con los demas de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente, no es mas que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusion de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonacion que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignacion de un pecho herido por el descaro de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazon se ha dado al hombre para sentir, y que la religion y la razon declaran santa una indignacion que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos, porque tenemos fé en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignacion no es la rabia, que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante

ahullido de ciega desesperacion. Solo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razon de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazon, protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: "mi hora sonará."

La verdad y la justicia no han menester armas innobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo; su mas bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañéis su lustre escoltándolas con indigno cortejo; no creáis robustecerlas dándoles auxiliares villanos; no hagais que se defiendan con armas vedadas; éstas les asientan mal, contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes, las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino.



LA PALABRA FILOSOFIA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley, á punto fijo, nadie determina. Tal es la palabra *filosofia*; esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se extiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofia como una ciencia esclusiva, del todo separada de las demas, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora, y desde el siglo pasado, la filosofia no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto; es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes; y así hay filosofia científica, filosofia literaria, filosofia artística, filosofia de mundo, filosofia de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su vigor, en toda su exactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boherarve: *Sigillum veri simplex*, "la sencillez es el carácter de la verdad." La filosofia consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y sin*